

*Al principio era el verbo.* Antes de las cosas. O mejor, *ante* ellas. Porque nunca las hemos poseído, sólo tenemos signos que nos las acercan; que nos las dicen, tal vez. Nos lo han enseñado los filósofos, en el largo viaje desde la Antigüedad, a través de la gran estructura medieval -desde sus propios escombros- hasta la Modernidad. Sus hallazgos, entonces y ahora, han ido inevitablemente unidos a la conciencia de una renuncia, pero también a la de una primera, frágil forma de certeza.

Solos, desplazados, vagabundos en un planeta excéntrico; así se sentían los primeros hombres modernos. Como ellos, también nosotros, errantes de otro signo, estamos obligados una y otra vez a volvernos hacia dentro para crear el mundo fuera. Para construirlo. Para construirnos. Porque el Universo entero, espejo de ese otro universo *dentro* que pensaron los Antiguos -el *pequeño mundo del hombre*- está, sigue estando, lleno de silencio, y nuestra única tarea es, sigue siendo, paliar la carencia: vestirlo de imágenes para descifrarlo. Crear (re-crear) el mundo presentándolo (re-presentándolo) en un proceso por el que las cosas se convierten en otras cosas. Construir fuera lo que ha sido construido dentro. Poner fuera las preguntas.

Volver, por eso, a escribir y a borrar, una y otra vez, a cifrar y a descifrar. Y dejar un rastro. Volver a hacer el mundo diciéndolo, llenándolo de palabras, de formas que nacen del vacío y que regresan a él, pero trascendidas ya, transformadas en el trazo prodigioso de un signo de interrogación. Volver, por eso, a crear los astros y el firmamento, el cielo y la tierra, la luz y la oscuridad. Para presentarlo ante uno mismo y ante los otros. Para que los hallazgos, las preguntas, sigan resonando dentro.

